



Verdad y Anuncio de la Fe



Pa. Nuestra Sra. Reina del Cielo ✧ Año VI ✧ nº. 34 ✧ 27 de Mayo de 2012

Evangelio de este Domingo

**Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo
Recibid el Espíritu Santo**

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn 20, 19-23).

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

- «Paz a vosotros.»

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

- «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

- «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Contenidos de la Hoja Semanal

- Evangelio: Del evangelio de san Juan (Jn 20, 19-23).
- T. Misionero: B. Sebastián de Aparicio, emigrante gallego del s. XVI (y II).
- Magisterio: Vaticano II (GS 13-14). El pecado. Constitución del Hombre.
- V. Cristiana: La Eucaristía, milagro vivo.

B. Sebastián de Aparicio, emigrante gallego del s. XVI (II)

Leemos en el Martirologio Romano que en Puebla de los Ángeles (México) vivió el beato Sebastián Aparicio, que siendo pastor de ovejas, pasó de España a México, con su trabajo hizo una notable fortuna con la que ayudó a los pobres y, después de enviudar dos veces, fue recibido en la Orden de los Hermanos Menores. Falleció, centenario, en 1600. El 17 de mayo de 1789 le beatificó el Papa Pío VI.



(Conclusión del testimonio sobre el Beato Sebastián de Aparicio).

Cumplidos los sesenta años, después de haber rechazado repetidas veces proposiciones de matrimonio, decidió casarse con una joven pobre, pero de muy nobles virtudes, con quien en público se comportaba como su marido, mientras que en privado habían acordado guardar virginidad. Muerta su esposa antes de cumplir un año de casados, se volvió a casar dos años después con otra joven, de nombre María Esteban, sin cambiar por ello su antiguo comportamiento. Pero no duró mucho esta situación: una penosa enfermedad, que le causaría dolor toda su vida, y la muerte inesperada de su segunda mujer afectaron profundamente a Sebastián que, dejando poco a poco sus bienes terrenales, empezó a meditar de qué modo serviría mejor al Señor y alcanzar así su salvación eterna. Resolvió, pues, venderlo todo, entregar el dinero a las religiosas de Santa Clara de México, tomar el hábito de donado franciscano y servir a las mismas religiosas en calidad de mozo.

Contaba más de setenta años cuando, en el convento de San Francisco de México, toma el hábito y profesa. Las virtudes de San Francisco, obediencia, pobreza, amor a la Pasión del Señor, y amor hacia todas las criaturas de Dios, fueron la norma de vida de fray Sebastián, primero en la cocina, portería y pequeña huerta del convento de Tecali y, después, como limosnero del de Las Llagas de Nuestro Seráfico Padre San Francisco de Puebla de los Angeles, donde tenía que recorrer la extensa campiña de Puebla en busca de alimentos y demás provisiones para el sustento de los más de cien religiosos del convento. Ejercía esta encomienda con paciencia, caridad y desprendimiento. Dormía en el suelo, debajo de las carretas, al lado del camino, lloviera, hiciera frío o cayera nieve. Daba limosnas a familias pobres de Puebla y jamás el convento notó la falta de lo necesario. La simplicidad de fray Sebastián pasó a ser proverbial y le abrió un camino nuevo en la vía de la santidad. Todo lo veía a través de su «*fe de acero*», como solía repetir, y su preocupación era «*no perder a Dios de vista*».

Fueron 24 años de limosnero por pueblos y caminos. La «*hermana muerte corporal*», para alegría de su espíritu, le visitó a las ocho de la tarde del día 25 de febrero de 1600, llevándole al encuentro de su Señor. Tenía 98 años. Sus virtudes y milagros le valieron la beatificación por el papa Pío VI y su vida de trabajo y ejemplo, el culto que le profesa el pueblo mejicano y la veneración de los conductores de toda clase de vehículos, que le consideran su celestial patrón.

Vaticano II (GS 13,14). El pecado y Constitución del Hombre.

13. EL PECADO.- Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio (*principio, introducción, preámbulo. Nota del Equipo de la Hoja*) de la historia, **abusó de su libertad**, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como a Dios. Obscurecieron su estúpido corazón y prefirieron servir a la criatura, no al Creador. Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, **comprueba su inclinación al mal** y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador. **Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último**, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación.



Es esto lo que explica la división íntima del hombre. **Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas.** Más todavía, el hombre se nota incapaz de domeñar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo (cf. *Jo 12,31*), que le retenía en la esclavitud del pecado. **El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud.**

A la luz de esta Revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta hallan simultáneamente su última explicación.

14. CONSTITUCIÓN DEL HOMBRE.- En **la unidad de cuerpo y alma**, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador. No debe, por tanto, despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día. Herido por el pecado, experimenta, sin embargo, la rebelión del cuerpo. **La propia dignidad humana pide, pues, que glorifique a Dios en su cuerpo y no permita que lo esclavicen las inclinaciones depravadas de su corazón.**

No se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse no ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana. Por su interioridad es, en efecto, superior al universo entero; a esta profunda interioridad retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones, y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino. Al afirmar, por tanto, en sí mismo **la espiritualidad y la inmortalidad de su alma**, no es el hombre juguete de un espejismo ilusorio provocado solamente por las condiciones físicas y sociales exteriores, sino que toca, por el contrario, la verdad más profunda de la realidad.

Vida Cristiana: La Eucaristía, milagro vivo (2)

Decía Santo Tomás de Aquino que **la Eucaristía es el más grande de todos los milagros**. Por eso no nos debería admirar que Dios intervenga con manifestaciones milagrosas para levantar nuestra fe eucarística.

En efecto, la Eucaristía, en sí misma, es el milagro más grande, el más continuado, el más vital. Pero Dios ha querido, a lo largo de los siglos, multiplicar sus intervenciones milagrosas en torno a ella.



Recordemos algunos de los casos más conocidos y que **la misma Iglesia ha ratificado con su autoridad**.

En 1208, el Señor pide a la Beata Juliana de Rétine (1193-1258), abadesa agustina del monasterio cisterciense de Mont-Cornillon, junto a Lieja: *"Yo deseo en mi Iglesia una fiesta particular, en honor de la Santísima Eucaristía"*. Transmitió este encargo al P. Santiago Pantaleoni, el cual, cuando llegó a ser Papa (Urbano IV), **instituyó la Fiesta del Corpus Christi**. Este Papa fue testigo del milagro eucarístico de **Bolsena** (1263).

Se ha dado el hecho relativamente frecuente, de que algunas personas puedan permanecer durante años enteros sin probar ningún alimento, de forma que el único alimento que reciben es la Comunión: Algunos ejemplos destacados: **Anna Katharina Emmerick** (1774-1824), religiosa agustina de origen alemán, estuvo así durante once años. Beatificada por Juan Pablo II el 3 de octubre de 2004: **Teresa Neumann** (1898-1962) también fue estigmatizada, tuvo éxtasis. Desde 1926 se abstuvo por completo de comer ni beber; únicamente la Comunión. Beata **Alesandrina Maria da Costa** (1904-1955), no comió nada en los últimos 13 años de su vida, excepto la Eucaristía. (Cfr. Homilía de Juan Pablo II en su Beatificación, 25-04-04).

En **Lanciano** (Italia) se veneran desde hace más de doce siglos las Reliquias **de uno de los más grandes milagros eucarísticos**. El milagro de Lanciano es el más antiguo de los que conocemos en los que las sagradas Especies se hayan transformado en carne y sangre. **Los análisis realizados en los años 1970-71 y 1973-74**, han traído a la actualidad este prodigio, de modo que una tradición de doce siglos se ve confirmada **por la ciencia actual**. El Papa Juan Pablo II se refirió a este milagro el 4 octubre de 2004.

Aparte de este primer milagro de Lanciano, ha habido en todas las épocas, incluido el siglo XX, muchos "prodigios" eucarísticos, que han sido aprobados por la Iglesia y que han tenido numerosos testigos. Existe un documento del Padre Angel María Rojas S.J. que los ha recogido, con la fecha, el lugar y las circunstancias concretas del milagro.

Si alguien desea ese documento, con mucho gusto se puede mandar por correo electrónico. Bastará. con que se reciba un correo solicitando el documento a la dirección josestevevilaverde@gmail.com, para que procedamos a enviarlo.

El texto de este artículo está tomado de "La Eucaristía, milagro vivo" de A. María Rojas S.J.